

ADOLPHE GESCHÉ

EL MAL

Dios para pensar I

CUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

A MIS ALUMNOS.

Tradujo Alfonso Ortiz
sobre el original francés *Dieu pour penser I. Le mal*

© Les Editions du Cerf, Paris 1993

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2002

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1252-4 (Obra completa)

ISBN: 978-84-301-2189-2

Depósito legal: S. 443-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	15
1. TÓPICOS DE LA CUESTIÓN DEL MAL	19
1. «Contra Deum»	20
2. «Pro Deo»	24
3. «In Deo»	27
4. «Ad Deum»	32
5. «Cum Deo»	37
Conclusión	45
2. DIOS EN EL ENIGMA DEL MAL	51
1. La «sorpresa» de Dios ante el mal	53
2. La deposición de Dios contra el mal	69
3. La bajada de Dios al mal	90
3. EL PECADO ORIGINAL Y LA CULPABILIDAD EN OCCIDENTE ...	109
1. La doctrina del pecado original, una doctrina de verdad	111
2. La doctrina del pecado original, una doctrina de ver-	
dad salvífica	120
4. LAS TEOLOGÍAS DE LA LIBERACIÓN Y EL MAL	129
1. Una tradición inmemorial y oscurecida	129
2. Nuestra deuda con las teologías de la liberación	137
3. Algunas cuestiones	146
4. Nuevas condiciones de debate y de combate	154
5. ODISEA DE LA TEODICEA. DIOS EN LA OBJECCIÓN DEL MAL ...	175
<i>Índice de nombres</i>	199
<i>Índice general</i>	203

PRÓLOGO

«Dios para pensar». Bajo este título general se agrupa una serie de libros¹ en los que se afirma que la hipótesis de Dios o la idea de Dios –tanto en el caso del creyente como de aquel que no lo es– puede ayudar al hombre a pensar.

Comprendo perfectamente que esta fórmula puede resultar chocante para el creyente y ofensiva para el que no cree. Chocante para el creyente, ya que Dios no está ahí para asistir al hombre en sus disquisiciones intelectuales, sino para enseñarle y ofrecerle los caminos de la salvación. Además, hace ya tiempo que los creyentes se han percatado de que Dios no está para servir de explicación del fundamento inmediato de las cosas, y de que el hombre ha recibido una autonomía en consonancia con la idea misma de la creación.

Por otra parte, la fórmula puede resultar ofensiva para el no creyente, ya que parece suponer que, sin Dios, no cabe la posibilidad de comprender y de pensar. Todo está al parecer en contra de esta hipótesis: los creyentes no tienen necesidad de «aceptarla» magnánimamente, pues se puede pensar sin Dios; pero los no creyentes pueden considerar molesta esta fórmula en la medida en que su combate contra el oscurantismo les ha prevenido siempre contra la aparición de cualquier tipo de peligro de irracionalidad.

1. Esta serie, que conforma una peculiar «dogmática», está integrada por los siguientes volúmenes: *El mal* (1995), *El hombre* (1995), *Dios* (1997), *El cosmos* (1997), *El destino* (2001), *Jesucristo* (2002), *El sentido* (2004). El primero de ellos, que es precisamente el que el lector tiene entre sus manos, fue galardonado en Francia con el prestigioso premio «Cardenal Mercier 1993» [N. del E.].

Por este motivo, mi hipótesis solamente puede sostenerse si se plantea de manera adecuada y si es capaz de proponer una idea admisible tanto para unos como para otros. Dicha idea es la siguiente: que para pensar bien, todo es necesario; que para pensar bien, es preciso llegar hasta el fondo de los medios de que se dispone.

En este sentido, la idea de Dios, incluso como puro símbolo o pura abstracción, representa en la historia del pensamiento la idea más extrema, aquella más allá de la cual no existe ya ningún último concepto, falso o verdadero. Por ejemplo, el problema del mal, que constituirá precisamente el objeto (y, según espero, la «prueba») del presente volumen.

Está claro que es posible pensar en esta cuestión como filósofo, como antropólogo, como moralista, etc. Pero cuando introducimos además a Dios en esta cuestión, ¿no la estamos planteando en sus términos más extremos, que nos permiten pensarla hasta el fondo (algo que resulta especialmente pertinente, por tratarse de un escándalo tanto para el corazón como para la razón)? Puesto que incorporar a Dios en esta cuestión significa precisamente abordarla en «todo» su escándalo. ¿Se habrá relacionado suficientemente, por ambas partes, la cuestión de Dios y la cuestión del mal para que sea necesario confirmar nuestra hipótesis?

En una palabra, y sea cual fuere el alcance de este ejemplo, la idea que avanzamos es que la mejor manera de llegar hasta el fondo de una cuestión, aunque no se trate de decidir única y definitivamente a partir de ello, es llevarla hasta su límite, no ya para querer explicarla, sino con el propósito de cuestionarla hasta el fin. No nos cabe duda de que esta forma de actuar (llegar hasta el límite) pertenece no sólo a la epistemología de cualquier saber, sino que la introducción precisa de esta idea suprema que es la idea de Dios puede contribuir de forma singular a probar esta regla epistemológica. La teología, «ciencia de las demasías» (E. Jünger), es la búsqueda más propia de la verdad, que consiste en asistir a su nacimiento bajo la égida de un «exceso».

Después de todo, la palabra Dios pertenece a la cultura humana y a la inteligencia que el hombre ha podido adquirir de sí mismo y de todas las cosas. «Quoniam Deus in intellectu». Porque, en definitiva, siempre que el hombre se ha visto en la necesidad de comprenderse, no le ha quedado más remedio que llamar a la puerta de los dioses. ¿No ha sido justamente en el frontispicio de un templo donde fue esculpido el famoso *gnothi seauton* («conócete a ti mismo»)? ¿Puede tan siquiera pensar alguien que nuestra cultura sufrió mengua o quedó depreciada con Platón, con Aristóteles, con Pascal, con Leibniz, con Hegel, con Heidegger, con Levinas o con Ricoeur, todos ellos pensadores que han hablado de Dios o han demostrado, por lo menos, que «Dios da que pensar»? Si para Kant Dios constituye un postulado racional de la razón práctica y una hipótesis sensata de la razón teórica; si para Schelling la religión no contribuye únicamente a la inteligencia de su objeto («intellectus fidei»), sino también a la de este mundo («intellectus mundi»), entonces no puede considerarse arrogancia por parte del teólogo el reclamar que no se excluya la idea de Dios de la marcha del espíritu.

Con la condición, claro está, de que se haga sin arrogancia, como muestra de ese servicio común al hombre que también él puede (y debe) arriesgarse a emprender. La teología, al ocupar su sitio entre los discursos humanos, pone de alguna forma a Dios en cuestión o esa cuestión en Dios, introduciendo el *argumentum Dei* (como tesis y como hipótesis) en el conjunto de los argumentos humanos. Está en su derecho. Tal método podría ser inadmisibles si se presentase como dogmático. Pero no es así: muestra aquí a su Dios como una proposición que se puede examinar, para ver quizás en ella un signo capaz de iluminar a todo hombre que viene a este mundo. No en vano, la palabra «Dios» existe y sería ciertamente extraño que no significase nada. El teólogo puede hacer suya aquí la frase que se lee en el *Fragmento* 39 de Heráclito:

El señor que está en Delfos
ni dice ni oculta: señala.

Pero el teólogo, por muy afianzado que esté en su convicción, no puede convertir a Dios intelectualmente en lo que Sartre denunciaba moralmente como el «Dios de la mirada». En el proceso que sigue aquí, no se habla de un Dios omnisciente, que dé respuesta a todo. Deberemos incluso llegar a aceptar como Job (lo veremos en el problema del mal, pero también en el resto de volúmenes que integran la serie *Dios para pensar*) los riesgos de una contestación. Sin ello no habría un ejercicio libre de la inteligencia, ni siquiera de la inteligencia creyente.

Así pues, la teología va a proponer aquí pensar con Dios, con la sola idea de que un pensamiento sobreabundante («in mentis excessu»: Sal 67, 28²) puede resultar beneficioso. No es malo emplear algunas palabras-contraseña para abrir posibilidades ilimitadas. Puede incluso suceder que se obtengan entonces victorias conceptuales. Esto es justamente lo que pensaba Heidegger, para quien la idea de Dios (aunque le negase una existencia «óptica»), que pertenece a la idea del ser (existencia «ontológica»), a la comprensión y a la inteligencia del ser, le permitía en definitiva pensar bien. Dios, como afirma Cassirer del mito, es una posibilidad de la existencia humana. ¿Puede existir el hombre sin pensar, y por consiguiente sin pensar hasta el límite? Después de todo, pensar es una actividad humana y no es posible prescindir de ella. No es posible dejar de pensar en Dios y en su «exceso». Para Derrida, como es bien sabido, el sentido y la divinidad «nacieron en el mismo lugar y al mismo tiempo». Y para Levinas, el saber se despierta en el hombre psíquico, que «originalmente es el teólogo». Pero no quiero abusar de estas connivencias.

Mi aspiración es mostrar lo que mi experiencia de teólogo (cristiano), de teólogo preocupado por no hablar sólo de las cosas de su gremio, sino de abrirse a las cuestiones esenciales de todos los hombres, ha creído que podía descubrir de lumi-

2. Cita textual de la versión latina de este versículo según aparece en la Vulgata. El verso completo dice lo siguiente: «Ibi Benjamin adolescentulus in mentis excessu» [N. del E.].

noso para éstos en la práctica de su disciplina. Hablar de Dios, hacer teología, es una manera de pensar la vida. «Esto es muy considerable» (Pascal). Respeto la manera de poner la palabra Dios entre comillas que siguen los no creyentes. La fenomenología nos ha enseñado demasiado bien la regla de la «epoché», aunque no utilizaré tipográficamente estas comillas (por algo me presento como cristiano y me dirijo también a los creyentes). Pero sé que se puede vivir a la sombra de las comillas. ¿Acaso no tiene también Dios presencias discretas? Por consiguiente, mi pretensión es que tanto los creyentes como los que no creen se sientan invitados a ocuparse de la cuestión de Dios para pensar.

Para saber si se realiza un deseo tan peculiar, bastará con leer estas páginas y encontrarlas quizás pertinentes.

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	15
1. TÓPICOS DE LA CUESTIÓN DEL MAL	19
1. «Contra Deum»	20
2. «Pro Deo»	24
3. «In Deo»	27
4. «Ad Deum»	32
5. «Cum Deo»	37
Conclusión	45
2. DIOS EN EL ENIGMA DEL MAL	51
1. La «sorpresa» de Dios ante el mal. Perspectivas de teología narrativa	53
1. La desgracia del mal	56
2. La malicia de lo demoníaco	57
3. La prioridad de la víctima	60
4. La fragilidad del hombre	62
a) El hombre tentado	62
b) El hombre frágil	64
c) El hombre liberado	65
d) El hombre víctima	66
e) El hombre desviado	68
2. La deposición de Dios contra el mal. Perspectivas de teología dogmática	69
1. Des-moralización de la cuestión del mal	70
a) Moralismo de culpabilidad	72

b) Moralismo de culpabilización	73
c) Moralismo de justificación	75
2. Re-dogmatización del misterio del mal	77
a) La cuestión de Dios	78
b) El misterio del Demonio	79
c) El contra-destino del mal	82
3. Clasificación de la estructura del mal	85
a) Topología conceptual y ética	83
b) Topología ontológica y gradual	86
c) Topología estructural y secuencial	87
3. La bajada de Dios al mal. Perspectivas de teología salvífica	90
1. Necesidad de una salvación	91
a) Llamada a la alteridad	91
b) Justificación sin justificación(es)	92
c) Ab-solución de un Tercero	93
2. Las mediaciones de la salvación	97
a) Discusión sobre la justicia	98
b) Elogio de la caridad	102
3. EL PECADO ORIGINAL Y LA CULPABILIDAD EN OCCIDENTE ..	109
1. La doctrina del pecado original es una doctrina de verdad	111
1. Verdad de la realidad del mal	111
2. El mal no está en la naturaleza de las cosas	114
3. En el mal, el hombre es, con todo, parcialmente responsable	118
2. La doctrina del pecado original es una doctrina de verdad salvífica	120
1. Pecado y presencia del Dios de salvación	121
2. Pecado y precedencia del bien	122
3. Pecado y rechazo del culpabilismo	122
4. Pecado, conciencia y perdón	126
4. LAS TEOLOGÍAS DE LA LIBERACIÓN Y EL MAL	129
1. Una tradición inmemorial y oscurecida	129
2. Nuestra deuda con las teologías de la liberación	137

3. Algunas cuestiones	146
4. Nuevas condiciones de debate y de combate	154
1. Una condición psíquica	154
2. Una condición estética	158
3. Una condición litúrgica	160
4. Una condición escatológica	164
5. Una condición teo-lógica	169
6. Una condición patética	171
5. ODISEA DE LA TEODICEA. DIOS EN LA OBJECCIÓN DEL MAL ..	175
<i>Índice de nombres</i>	199

DIOS PARA PENSAR

Bajo el título general DIOS PARA PENSAR, Adolphe Gesché presenta una sugerente dogmática integrada por estos siete volúmenes:

- I. EL MAL: 1. Tópicos sobre la cuestión del mal; 2. Dios en el enigma del mal; 3. El pecado original y la culpabilidad en Occidente; 4. Las teologías de la liberación y el mal; 5. Odi-sea de la teodicea. Dios en la objeción del mal.
- II. EL HOMBRE: 1. El hombre y su enigma; 2. La teología como discurso sobre el hombre; 3. El hombre creado creador; 4. Dios, prueba del hombre; 5. El hombre, un ser para la felicidad.
- III. DIOS: 1. Tópicos sobre Dios; 2. El derecho de Dios; 3. Aprender de Dios lo que él es; 4. Por qué creo en Dios; 5. Sobre la idolatría siempre posible.
- IV. EL COSMOS: 1. Cosmología y antropología; 2. Reencantar el cosmos. ¿Dios relojero?; 3. Nuestra tierra, morada del Logos; 4. Un mundo reencantado. ¿Dios juega a los dados?; 5. Un secreto de salvación oculto en el cosmos.
- V. EL DESTINO: 1. Tópicos sobre la cuestión de la salvación; 2. La vida, la muerte y el más allá; 3. La esperanza de la eternidad; 4. La salvación en la sociedad; 5. El cristianismo y la salvación.
- VI. JESUCRISTO: 1. El lugar de Jesucristo en la fe cristiana; 2. El Jesús de la historia y el Cristo de la fe; 3. La resurrección de Jesús; 4. Jesús, Hijo de Dios; 5. Un Dios capaz del hombre.
- VII. EL SENTIDO: 1. La libertad como invención y creación; 2. La identidad como confrontación con Dios; 3. Un destino que se da; 4. La esperanza como sabiduría; 5. El imaginario como fiesta del sentido.